



## CAPÍTULO V

### De la discreción y de la indiscreción.

86.—¿En qué consiste la discreción?

La discreción consiste:

1.º *En saber callar y guardar un secreto.* Dicese que el hombre es más fiel en guardar el secreto ajeno que el suyo; y la mujer, por el contrario, guarda el suyo mejor que el de los otros; pues el reunir la virtud del uno y de la otra, sin tener las faltas de ninguno, tal es la discreción.

2.º *En no procurar ver ni escuchar lo que se quiere ocultaros,*

porque esto será entonces una curiosidad reprehensible; y si se junta la indiscreción, será una de las acciones más dignas de censura.

3.º Finalmente, *en no hacer preguntas que puedan comprometer á aquellos á quienes se dirigen:* por que esto es ó malicia ó falta de tino.

87.—*Efectos de la discreción.*

La discreción inspira la confianza, y puede decirse de la niña discreta, que todo el mundo querría tenerla por amiga; y es porque esta cualidad sólo se encuentra junta con una razón recta, un buen juicio y un tacto exquisito.

La discreción puede llamarse *la perfección humana*, y así, el decir de una joven que es discreta, es casi decir que es perfecta.

La joven discreta hace que los que la rodean estén contentos, y

asegurándolos contra toda importunidad, los aligera de una de las cosas más molestas de la vida, que es, *el verse contratado sin cesar.*

Los antiguos habían hecho una diosa de la discreción, y le habían erigido una estatua con los labios sellados, y dentro del templo de la Alegría; símbolo gracioso del resultado de esta virtud.

La semilla que permanece sepultada en el seno de la tierra, muestra en lo exterior un tallo florido; así el secreto escondido en el corazón, le corona de las flores de la amistad.

La felicidad de hacerse amar depende de la manera de gobernar la lengua.

88.—*Si la discreción es el misterio.*

La discreción no es el misterio. El hacer misterio de bagatelas. *es pequeñez de espíritu; y el hacer-*

lo de cosas serias, *es peligroso*, porque es aguijonear la curiosidad, la cual así provocada, es raro que no llegue á saber lo que se le quiere ocultar.

Una persona misteriosa trae siempre consigo el fastidio, ese fastidio que ataca los nervios y nos empuja casi al odio.

La discreción exige que obremos absolutamente como si nada supiésemos, y aun sin dejar sospechar que sabemos algo.

89.—*¿De qué modo se falta á la discreción?*

El número de las indiscreciones que se cometen, tanto en palabras como en acciones, es casi infinito.

La definición que hemos dado desde las primeras líneas deja suponer una multitud de casos prácticos; hé aquí algunos de ellos:

Es indiscreción tocar los obje-

tos que están á nuestro alcance y que no nos pertenecen, y, sobre todo, el leer algún papel escrito en el aposento de otra persona.

Es indiscreción hablarle á alguno de las faltas que le hemos notado, de sus deformidades, ó de las faltas cometidas por algún miembro de su familia; el despreciar delante de alguno la posición que ocupa; el criticar sus gustos, ó alabar, como más hermosos que los que él posee, otros objetos semejantes que no podrá poseer.

Finalmente: es arriesgarse á ser indiscreto, siempre que no sepamos dominar el ardor de nuestra lengua, tarea, por cierto, muy difícil.

La movilidad de la imaginación, y la impresionabilidad nerviosa, hace que las jóvenes sean más expansivas que cualquiera otra persona: y así es que si no tienen mucho juicio, ¡cuántas faltas, cuán-

tas decepciones tendrán que lamentar cada día! Por esto es necesario repetirles con frecuencia este axioma tan conocido: *Nadie se arrepiente nunca de haber callado, y con frecuencia se tiene que lamentar el haber hablado.*

Citaremos las siguientes palabras de madame Necker: “Si queréis hacer prevalecer una opinión, dirigíos á las mujeres, pues ellas la reciben con gusto, porque son ignorantes; la divulgan con facilidad, porque son ligeras, y la sostienen largo tiempo, porque son testarudas.”

No creemos en estas palabras malignas, como tampoco en estas otras de un moralista: “Si queréis propagar una noticia, confiadla en secreto á una joven, y lo conseguiréis.”

Sólo las citamos por vía de consejo.

90. — *De las causas de la indiscreción.*

La primera causa de la indiscreción, y la más común, es el aturdimiento, que nunca reflexiona para hablar, sino que dice todo lo que sabe, ó todo lo que piensa, sólo por el gusto de decirlo, y molesta con importunidad por saber lo que se le quiere ocultar.

La segunda causa es *el juicio falso ó mal formado*, que no deja conocer á la persona cuándo comienza á ser fastidiosa. ¿Qué consecuencia tendrán las palabras que dice, ó la revelación que hace, y que conoce demasiado tarde la gravedad de la herida causada por su charla y su falta de prudencia?

La tercera causa es, sobre todo en las jóvenes, *el deseo de llamar la atención.*

Se complacen en referir, y algunas veces amplificándolo, lo que han oído, ó, por mejor decir, lo que han adivinado, y creen por esto colocarse muy por encima de los demás.

El saber la primera una noticia que aún se ignora, y el decirlo la primera á todo el mundo, es para algunas jóvenes aturdidas la suprema felicidad.

El espiar las intenciones, y el proceder de las otras para darse aires de adivinar lo que quieren hacer, es la ocupación de otras muchas.

El misterio, del que ya hablamos, entra también en gran parte en las ocupaciones de la joven vanidosa. *Sabe todo* lo que pasa respecto á sus compañeras y á sus maestras, pero no dice más que medias palabras; por esto se ve buscada y adulada por las jóvenes curiosas como ella, y se ve en el colmo de la ale-

gría cuando dicen que ella es *la mejor informada*.

91. — *Efectos de la indiscreción.*

1.º La indiscreción puede ser causa de que se dividan y se hagan enemigos unos corazones hechos para amarse. ¡Qué pesar será para toda la vida! ¡Y qué remordimiento el considerar que esas dos personas se aborrecen, y ella es la causal!

2.º Siembra la discordia en las familias; y aquí, sobre todo, es terrible la indiscreción, porque no pudiendo separarse los miembros de una familia, se ven obligados á vivir en una zozobra continua.

3.º Finalmente (y éste es quizá su menor inconveniente), la indiscreción es causa de que la niña no sea admitida en las reuniones, por-

que se hace tan temible como despreciable.

La joven que tiene este defecto, parece llevar en la frente escritas estas palabras: *¡Cuidado conmigo, porque voy á comprometeros!*





## CAPÍTULO VI

### Del orden.

92.—*¿En qué consiste el orden, y cuáles son sus efectos en el alma?*

El orden consiste:

1.º En hacer cada acción á su tiempo.

2.º En señalar un lugar conveniente á cada cosa, y colocarla siempre en ese mismo lugar.

El orden es una cualidad que supone en el alma muchas virtudes.

Una persona que tiene orden, está muy cerca de ser una santa.

Sobre todo, aquí el exterior es la imagen del interior, y si el orden no es el resultado de la paz del

alma, la conducirá á ella ciertamente.

La calma entra en el espíritu y permanece allí, cuando nos vemos rodeados de objetos bien colocados y de usos regularmente establecidos.

“Si tuviera yo todavía la locura de creer en la felicidad, decía Chateaubriand, la buscaría en el método y en el orden.

¡Mirad qué inocente alegría causa á la joven el aspecto de su aposento, en donde nada está desarreglado, sino que cada mueble ocupa el lugar que le conviene, y, sobre todo, el gozo que le causa un día bien empleado!

Cada uno de sus actos, hecho á la hora que se debe, y con la intención debida, brilla á sus ojos como una perla, que los ángeles van arreglando en forma de corona, y que durante su sueño le colocarán en su frente.

La joven tiene el instinto del orden, y todo lo que está dirigido y arreglado con buen gusto, naturalmente le agrada; pero (dirémoslo muy bajito) cuando una mano benévola le ha evitado el trabajo.

93.—*Ventajas del orden.*

1.º *El orden alivia á la memoria.* Donde no hay orden, se recarga la memoria de trabajos que hacer, de proyectos que ejecutar, y de deberes que cumplir, cuyo recuerdo confuso se asemeja á esas madejas de hilo que la mano revoltosa de una niña aturdida ha enredado adrede; no se sabe por dónde comenzar, y siempre se vive en turbulenta agitación.

Una niña sin orden, puede estar segura que al fin del día tendrá una larga lista de deberes importantes que ha olvidado.

El olvido no puede excusarse

cuando sucede con frecuencia, y estas palabras: *no me había acordado*, merecen doble reprensión, tanto por la acción que habría debido hacerse, como por el olvido mismo, que proviene de la falta de orden.

2.º *El orden nos hace aprovechar el tiempo.* Ahora bien: el que aprovecha el tiempo, aprovecha la vida, porque *el tiempo es la tela de que la vida está formada.*

Si no tenéis nada en su lugar, ¿cómo habéis de encontrar los objetos necesarios cuando los necesitáis? Pasarán las horas en buscar los materiales para vuestro trabajo, y cuando al fin los hayáis encontrado, ya será hora de ocuparos en otra cosa.

Por esto, la joven que no tiene orden, tampoco tiene nunca el tiempo necesario para cumplir *todas sus deberes.*

¿Habéis notado la cantidad de

objetos que puede contener un armario cuando cada objeto está en su lugar, y todos los lugares están ocupados? Pues las horas son como otras tantas *cajas* colocadas en el día para recibir nuestras acciones. ¡Oh! ¡Cuántas acciones podemos poner en cada una, si no dejamos pasar ninguna sin llenarla!

*El tiempo perdido, el trabajo necesario, dejado enteramente ó hecho con negligencia, y esto todos los días, ¡qué total tan terrible de deberes omitidos y de conocimientos no adquiridos, de lo cual vuestros padres ahora, y después Dios, os pedirán estrecha cuenta!*

No olvidemos este proverbio: "El tiempo que se descuida es una bolsa llena de oro, que se vacía en un abismo sin fondo."

3.º *El orden hace que el trabajo sea más pronto y fácil.* Cada ocupación tiene su pena y su goce también, y puede decirse de cada

una, como de los frutos delicados, que es menester cortarlos á tiempo, porque si se cortan antes, no están bien maduros, y si después, ya han perdido su sabor.

Si queréis que un trabajo os sea agradable, hacedlo á su tiempo.

Además, parece que el trabajo se multiplica en manos de la joven cuidadosa, que siempre tiene á su alcance todo lo que necesita. Dícese que viene una hada en auxilio de ciertas obreras laboriosas, que admiran á sus compañeras por la agilidad de sus dedos, y tienen razón.

Esta hada se llama *el orden*.

4.º *El orden conserva las cosas.* El orden produce la limpieza y la economía, y ya veremos la verdad de este axioma popular: *Con estas tres virtudes, orden, limpieza y economía, se puede hacer un palacio de la cabaña del pobre.*

¡Cuán estimable es la mujer de

quien puede decirse: es una mujer de orden! "Vale más que un tesoro, dice Fenelón, y sin ella no puede haber bienestar en la familia.,,

Ella es la providencia del hogar doméstico, y puede decirse que á su soplo, como al de la primavera, los objetos deteriorados por un largo uso, se rejuvenecen, y proporcionan todavía un dulce bienestar que no se esperaba.

94. - *Objetos que el orden abraza.*

Lo que principalmente se comprende en el orden, es: 1.º El vestido y los quehaceres domésticos. 2.º El cumplimiento de los deberes del corazón.

Acerca de esto, sólo podemos daros algunas indicaciones, pues el ejemplo de las personas que os rodean, os enseñará más que todo cuanto pudiéramos deciros sobre el particular.

1.º El orden exige que el vestido esté siempre limpio y arreglado, más bien sencillo que muy adornado, y que sólo se distinga del de las otras por su sencillez, pero siempre con esa elegancia sin afectación, que el buen gusto aprueba, y agrada sin que pensemos en ello.

En el vestido, la limpieza es una condición de su elegancia.

Lo que se llama *negligé de mañana ó de todos los días*, tiene este nombre, sólo por oposición al traje más adornado que se usa para los días de fiesta y las visitas

— No inventemos jamás modas; más cuando ya están generalizadas entre todos, y no tengan nada de inconveniente ni para la modestia cristiana ni para nuestra posición social, sigámoslas sencillamente.

Tan poca prudencia sería el gastar un vestido que ya nadie lleva, como el ser de las primeras en lle-

var uno de forma nueva. En este sentido puede decirse: "Los locos inventan las modas, y los cuerdos las siguen."

Si os parece que vuestro modo de presentaros puede haceros más amable, ¿por qué no habéis de procurararlo?

2.º El orden pide que las habitaciones estén arregladas, pues es muy desagradable el ver los muebles cubiertos de polvo, los objetos amontonados, las sillas fuera de su lugar, y sobre ellas colocadas cosas; por ejemplo, los vestidos, que deberían estar doblados y guardados.

También exige el orden que el interior de los armarios esté arreglado, de manera que pueda sacarse con facilidad la ropa, la cual debe tenerse cosida, marcada y en su lugar señalado.

Finalmente: cada cosa debe estar en el lugar más á propósito,

volver á guardarse cuando no se necesita, y no tenerla maltratada ni hecha pedazos.

3.º Mas si os acostumbráis á descuidar vuestros vestidos, á que vuestro ropero esté desarreglado; si traéis las manos manchadas de tinta, y lo mismo vuestros papeles, y los libros sucios, después el mal pasará al corazón, y olvidaréis esas *minuciosidades* afectuosas, que tal vez eran las que os hacían amable.

¿Por qué, por ejemplo, es menester recordar á la niña indiferente esa acción tan dulce al corazón, tan sencilla en apariencia, y que las madres no se atreven ya á pedir, cuando conocen que su hija lo ha olvidado; ese delicioso saludo por la mañana, esa despedida por la noche, que acompañaba siempre una caricia, y que más tarde causa no poco pesar el haberla olvidado?

4.º El orden exige que nunca dejemos sin contestar ninguna car-

ta, aunque sólo sea una de esas cartas de amistad, que hacen tanto bien á veces, y que casi impiden que muera el corazón, así como una gota de agua impide que se seque la planta.

Debéis aprovechar todas las ocasiones para mostraros agradecida, como en el primer día del año, en el día de alguna fiesta; de modo que ya adivinen esas atenciones que una joven encuentra, naturalmente, en su corazón.

Como hemos dicho, sólo podemos hacer algunas indicaciones; pero no olvidemos que éstos no son grandes actos de virtud, sino las acciones pequeñas de todos los días, que hacen la felicidad de la vida.

95.—*Si el orden será la rutina.*

El orden no es la *rutina* ni las *minuciosidades*, porque es inteligente y racional. Pues bien: el ha-

cer una cosa de tal manera, y á tal hora, porque siempre se ha hecho así, es un orden material, como se ve en el nido de la golondrina y en el panal de la abeja.

Es menester saber prescindir de una costumbre cuando la razón lo exige, y cambiar una cosa de su lugar señalado; cuando lo exigen la caridad, ó aun la simple condescendencia.

No hablamos del *desorden*, que es la confusión en la inteligencia, en el alma, en el corazón y en los objetos materiales, y que tiene por resultados el fastidio, la impaciencia, la pobreza y el desprecio.

